

NAVEGACIÓN DE MEDUSA

Fabián Muñoz



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

NAVEGACIÓN DE MEDUSA

NAVEGACIÓN DE MEDUSA

Fabián Muñoz



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

NAVEGACIÓN DE MEDUSA

Primera edición 2020 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria, 20131
Aguascalientes, México
<https://editorial.uaa.mx>

© Fabián Muñoz González

© Alejandro Sandoval Ávila (PROLOGUISTA)

Ilustración de portada:

Elaborada por Rafael Barajas Durán “El Fisgón”

ISBN 978-607-8782-11-6

Hecho en México / *Made in Mexico*

INDICE

| | |
|-------------------|----|
| Prólogo | 9 |
| Primer laberinto | 13 |
| Segundo laberinto | 35 |

Prólogo

Alejandro Sandoval Ávila

En un nuevo sentido del mito de Medusa, ella mira a los amantes revolcarse: no los petrifica, aunque la miren de frente. Es ella, despojada de su sentido mítico, envuelta en las cosas cotidianas y atada a una esperanza nula que equivale a “El color de los moribundos en batalla.” Al conjuro de Medusa hay una humedad de colores oscuros y los espejos gritan para acallar la muerte de ella. En la poesía de Fabián Muñoz, encontramos una mezcla afortunada de figuras míticas, literarias si se quiere, y lo cotidiano como manera de abordar la leyenda de tales figuras. Hay cantares y maldiciones (“ningún hombre llegará a tu almohada”) y conjunciones de sentidos que, por inesperadas, enriquecen el idioma: “sangre con aroma de mar”. En contraposición a la muerte y a la sangre, se encuentra la vida vestida de verde oscuro, el verde de la selva profunda. Los sudores de cantina, las sábanas usadas y, desde luego, el cuarto de motel, devienen en una noche en donde “los huecos del día resecan el silencio”. Cual acto propiciatorio, Medusa abandona sus cicatrices de vida, se marcha sin mirar atrás.

Bravo bebedor, el Minotauro bebe su memoria.

*...a lo lejos, y apartadas y horrendas de selvas fragosas,
las gorgóneas casas tocara; y que doquier por los campos
y por las vías, viera simulacros de hombres y fieras,
de ellos mismos, vista Medusa, convertidos en piedra;
él empero, en el bronce reflejante del clipeo que asía
con su izquierda, mirara la forma de la horrenda Medusa;
y mientras grave el sueño de las culebras tenía y a ella misma,
su cabeza había del cuello arrancado, y Pegaso con plumas
fugaz, y su hermano, de la sangre de la madre nacieron.*

Plubio Ovidio Nasón

allí la cabeza de la Gorgona, monstruo cruel y horripilante.

Homero

PRIMER LABERINTO

*No sólo hemos sido expulsados del centro del mundo
y estamos condenados a buscarlo por selvas y desiertos
o por los vericuetos y subterráneos del Laberinto.*

Octavio Paz

Estás tendida sobre un aroma de tabaco viejo,
tus piernas inundan el cuarto con mezcal y tus sabores,
sobre la alfombra te incendias
hasta quemar a pedazos el crepúsculo
y el silencio te lleva de respirar dormida a sonreír despacio.

Entre tus carnes
lanza Medusa una carcajada que te inflama el pecho.

Tus senos anohecen entre palomas agazapadas,
aletean líquidas cuando cubres un cuerpo a tu lado
que le bebiste a sorbos unas horas antes,
tendido en un silencio tiene el rostro de nadie
tiene apenas el número de tu teléfono en el bolsillo,
tiene un vientre por el que vagas sin mirarlo,
lleva el escampado bajo la luz de la lámpara
y la certeza que Medusa le guardará
un luto reverencial cuando despierte.

Medusa te conoce los pasos y caminos que tomas en
la cama,
ella te inicia en los rituales
que tienen el color de los moribundos en batalla.

Recuerdas que Medusa entró en tu lecho hace ya muchos
hombres
para mirarte revolcarlos a bocanadas de semen en su oleaje.

Medusa espera paciente bajo las sábanas
la ceremonia cotidiana,
te murmura al oído mientras recorre tu talle cuando
vuelves sola,
planean la siguiente noche mientras se besan.

Cuando ella duerme,
Medusa extraña con sus dedos
a sus hermanas inmortales.

“Euríala...Esteno”, se gime
melancólica en la noche.

Medusa avanza silenciosa para besarle el cuello a tu
víctima,
él nombra al deseo mientras desnudan sus carnes
ella te lame un seno cuando lo tiendes sobre la alfombra.

En el introito Medusa conjura olores oscuros que
te humedecen,
ella ríe mientras danza sobre su pene que sangra,
tiendes la mano compasiva al herido
que gime su derrota en cuanto lames la llaga,
Medusa lo muerde en su navegación de flores,
ella penetra su lengua donde antes los dientes,
se resiste, él besa tus axilas, besa tus párpados,
gritan los espejos para callar su muerte.

A veces piensas que Medusa no existe,
imaginas una vida que no llevas tatuada en la mirada,
te sueñas sin la flora oceánica que las cubre de noche,
sin su cabello que zigzaguea entre tus piernas,
ni el murmullo seco de la piel cuando te nombra.

Detrás de la ventana Medusa se desborda líquida,
cae gota a gota fuera,
ilumina a los árboles con su reflejo,
resbala por matorrales que se arrastran en el piso.

Medusa se oculta entre las ramas,
ya acecha.

Ahora, Medusa elige.

En los senos de Medusa un pez navega la muerte.

(Tendida en un sillón,
los miras morder el anzuelo para fingir una historia
previsible).

El pez nada en semen que sacramenta el cuello a Medusa,
con su pequeña boca marina, exhala y aspira los pezones,
Medusa relame al pez en incendio de labios,
se sumerge en sus manos, brinca, reptá,
intenta atraparlo,
(te abres en canal,
pides compartir la pesca en la distancia)
en un gemido,
queda sepulto en tu palabra muda.

A Medusa le pesan los negros aires de un octubre,
los días de morder las alas de la muerte con sus ojos,
de habitar en silencio las puertas de la lluvia,
de pesarle los siglos y las miradas aterradas de las
piedras.

En el levante, Medusa se pregunta cómo regresó a esta
tierra,
se piensa en las manos de Perseo con harpe cegador en
su cuello,
se ve rodar en un siseo de serpientes sorprendidas,
se mira a salvo de su cuerpo y ríe.

Jura entonces que no dejará con vida a un solo hombre.

En silencio floras con cardos las baldosas,
ahora en dos sorbos te bebes el hastío,
niegas el llanto espinoso
niegas el tumulto en los ojos anclados
niegas cada paso y andas.

Caminas en una rabia de relámpagos negros,
Medusa es un murmullo que conjuras,
Medusa te trepa las carnes, te penetra,
oxida tus huesos.

Sabes que no quedarán de tus ruinas
piedra sobre piedra.

-**A**lgún día dejarás de llamarte Medusa.

-Para entonces, ningún hombre llegará a tu almohada.

Medusa sangra con el aroma del mar,
tritura en su memoria a Poseidón como hojarasca
mudas,
cierra los ojos y el agua le golpea los muslos al pensarlo,
Poseidón vuelve a lamerla toda,
Medusa se repleta de corales vivos,
abre los ojos y blasfema.

Toda esta noche Medusa dejó la cama,
para mirar absorta a un caballo alado
que anidó sobre un puesto de periódicos.

Hoy le has pedido que te llame Gorgona
mientras te nutres de sus lunares nuevos,
ella besa tu vientre brumoso,
palpa en la entrepierna el nombre que le pides,
la llevas hasta el piso con una mano en su pecho,
letra por letra Medusa gime espalda abajo.

Con una pluma y un papel,
Medusa dibujó por varias horas
a cientos de serpientes agitadas
como si por años
ellas inundaran su cabeza.

Despertas y sales con ese vestido verde oscuro
a una calle que la domina la bruma,
quieres andar despacio como Medusa,
quieres mirar como Medusa,
quisieras saltar paredes y matar como Medusa,
te encantaría follar hasta ver la sangre
como lo haría Medusa.

Pero tu vida te ha dado sólo ese vestido
verde oscuro.

A veces me pregunto
por qué a Medusa le aterran tanto
las esculturas de piedra en ese parque.

Ella le pasó la mano bajo la falda,
era el cuarto bar de los intentos
y la primera que al tacto se sumía en su asiento
perforándole los ojos.

En respuesta, murmuró el camino hacia la puerta
donde Medusa se mojaba en la saliva de su vaso.

Ambas tienden sus brazos sobre Medusa,
se envuelven ahora de sudores de cantina
mientras Medusa respira con sus manos
las espaldas de sábanas usadas.

Medusa les arranca la ropa sin mirarlas
en un cuarto de motel que se pudre de años.

Ellas llevan el invierno bajo el brazo cuando la besan,
saben ellas a cerveza oscura,
a senos bañados en la muerte.

Octubre cae sobre la cama nublada
en donde los huecos del día resecan al silencio.

Desde la ventana Medusa te mira afuera aletear en celo.

SEGUNDO LABERINTO

*Después del laberinto,
otro laberinto todavía
mayor.*

José María Silva

Minotauro no le apuesta a los días soleados
vive sus horas tendido
en espera de ver caer la tarde.

Se bebe despacio los minutos
mientras mira desde su ventana
a una turba de mujeres
que funden la calle.

Medusa dormita su muerte que murmura,
cierra sus lágrimas,
se toca los senos sin mirarse,
–se traza–
le surgen por el vientre
unas garras de sábanas vacías.

Minotauro recorre callejones que lluvian su sangre,
observa su oscura entraña
que baña las baldosas,
su muerte se coagula en cada paso.

Sabe que de esta muerte no lo salva el laberinto,
trata de respirar profundo
intenta pensar en un lugar seguro
se recarga en un balcón
titubea.

A tientas, busca el camino
que lo lleve a la taberna.

Recargado en la barra

Minotauro lame sus heridas entre sorbos de ron,
siente su mirada en los cientos de espejos
que nutren las paredes.

Un laberinto tras otro
reptan por sus fantasmas
de pasillos infinitos.

La sangre cede en su piel
sin más heridas,
sin tener a la mano
ni a la muerte
ni a su bar de siempre
que lo refugie.

Minotauro bebe ahora cicatrices.

—No será esta la mejor noche—
piensa entonces apurando el trago.

A dos mesas de distancia Minotauro la mira
sin saber que ella lo eligió ya mucho antes,
observa sus muslos, el talle dominado por la noche,
los senos que le lame con sus ojos.

Minotauro penetra bajo su falda
con su olfato,
siente los ruidos nocturnos
de su marea.

Ella humedece la espera,
sabe que solo tendrán
un camino con sus cuerpos.

Esa mujer es una falda corta de cuero negro
que le muerde la carne a Minotauro,
es el paso rubio de tetas ondulantes
que Minotauro transita por lenguas infinitas.

Ella es un sudor que baña a Minotauro
en un andar ágil
de botas con muslos de frontera.

Minotauro la sigue uno, dos y otros callejones,
la traza con sus manos
traga su saliva de cerveza oscura,
parece tocarla con su aliento.

Ella aminora el paso, duda, tiembla,
sus muslos se brisan.

Ella lo espera.

Siente la respiración de Minotauro
arañando su espalda.

Minotauro reptaba con su lengua bajo una falda,
rastrea lento con sus manos el delirio,
ella le sangra los hombros con sus dientes,
ilumina un gemido al callejón que llueve
mientras Minotauro le nubla los senos con sus manos
y descubre los ríos interiores de sus muslos.

Ella gruñe cuando le da de comer su lengua,
de un zarpazo la entra cuando caen al piso,
Minotauro se alimenta y ríe,
ella murmura al final
algo incomprensible.

Minotauro anda su laberinto
de callejones solitarios,
respira una noche de no encontrar su presa.

Es el silencio Minotauro
de recordar las horas negras de su muerte,
de no tener un bar, cerca o en algún lado
para rescatarse.

Minotauro camina, busca su refugio,
una mujer
o su sangre.

Sentada en la barra
Medusa bebe lentamente
una taberna que se ciega de borrachos.

Medusa los mira,
da otro sorbo,
los puede ver
con los ojos mismos de buscar a Perseo,
de temer que la ha encontrado a ella
o a cualquier muerte
que los pierda en la memoria.

Desde la barra
Medusa puede oler la sangre que llevan esos cuerpos,
puede oler sus miserables noches,
puede sentir el duro golpe de sus años.

Moja Medusa con su lengua
los labios negros de las horas
y sigue bebiendo.

Ellas caminan de la mano,
sin sentir a Medusa,
van sin prisa,
van con el ruido de la calle
en sus espaldas.

Medusa las sigue,
se escurre entre sus pasos.

Ellas beben todas las nubes a Medusa,
su lluvia se pierde en sus gargantas.

Medusa les araña el pecho con su lengua,
las nubes bajan lentas, adentro,
van regándose, dejan su ponzoña
putrefacta,
van despacio, nieblan sus entrañas,

ellas penetran a Medusa,
inclinada, espera, grita, aguarda,
vuelve a Medusa su tormenta negra.

Medusa las mira tendidas en la alfombra,
ellas son dos cicatrices sin vida,
son ellas sus labios carcomidos
que Medusa lame con sus ojos.

Medusa se levanta, las observa,
ellas tienen la saliva de Medusa
que les pliega los muslos,
ellas sonríen sin saberlo.

Medusa camina hasta la puerta,
la abre
sin volver la vista.

-No es bueno beber solo- le dijo Minotauro
y se sentó junto a ella.

Los dos se miraron con la nostalgia
de desnudarse siempre en silencio.

Ni esa, ni en otras noches, conocieron sus nombres.

Tendido en su cama
Minotauro bebe sus primeros años
de isla medieval,

espera sus fantasmas
sin verla
salir desnuda
del baño,

se espera a sí mismo
trago a trago en su memoria,
recorre cada callejón de años
de carne fresca y de su hastío,
ella se acerca y lo besa.

Minotauro espera en silencio y sonríe.

Minotauro sangra su víctima
sin detener su paso,
lleva consigo la última mirada de semen derramado,
lleva las horas de acechar a su alimento,
de beber su carne a sorbos
en gemido y lágrimas.

Minotauro trae a la agonía entre sus astas,
trae una noche que apenas comienza
a acariciarle los labios.

En silencio

Medusa paga sus tragos,
camina
entre tumbas que flotan grises
sobre las mesas.

Avanza sin sentir
los cuerpos callados que la rozan,
–murmura algo incomprendible–
suda tequila por su cuello rugoso,
Medusa da tumbos
y blasfema.

En el callejón
siente unos ojos que la desgarran,
Medusa los mira,
Minotauro la ve sin enterarse,
sin embargo le arranca a Medusa la piel
de un solo tajo.

Minotauro es ya la señal en la frente de Medusa,
lo imagina cruzar la calle mientras camina,
parece recorrerla en sus sueños cuando duerme,

Medusa suspira y tiembla, cuando lame su mirada.

¿Quién no hace de su sangre la comunión de Medusa?

¿Quién de sus muslos el altar?

¿Quién no se ahoga en su vientre oscuro y tibio?

¿Quién suspira los salmos de sus noches?

¿Quién recuerda el silencio de Medusa?

Por las cantinas ruinosas, entre putas y turistas,
dentro de su sombra y a veces, fuera de ella,
Minotauro busca a Medusa como un último presagio,
la bebe entre sus manos sin tocarla,
presiente sus pasos de años grises
en espera de su carne.

Dando tumbos por los callejones,
donde nunca pudo caber una sola infancia,
Minotauro intuye a Medusa
entre labios moribundos,
puede palpar su piel que se incendia
de mezcal barato y tabaco viejo.

Sabe Minotauro que cada una de sus noches
no serán las mismas
luego de encontrarla.

Minotauro muerde los senos de Medusa,
besa sus pezones como llagas dormidas,
respiran sus carnes
mientras la arrastra hasta la alfombra.

La penetra en un largo gemido que los sangra.

Medusa lo bebe a sorbos grandes
entre sus manos,
lentamente,
Medusa murmura su muerte.

Minotauro toma del cuello a Medusa,
abre su piel,
la traga sin descanso, del cuello a los senos,
de los senos al vientre,
le esparce las entrañas.

El minúsculo cuarto de motel
se mezcla de sangre y de gemidos,
se bruma de sudor negro
y oxidado.

La come Minotauro
tramo a tramo,
se recuerda
en ese y otros laberintos,
recuerda el silencio de la hiedra,
sin Medusa,
gozando la carne fresca de la noche.

Minotauro siente a Medusa
pasar por su garganta y ríe.

Medusa goza su sangre,
siente los dientes de Minotauro que entran y salen,
cálidos, duros.

Lo besa Medusa, lo lame en silencio,
le rasga la espalda en los últimos respiros.

Fabián Muñoz

Nació en Guanajuato, México el 2 de octubre de 1968. Es licenciado en Medios Masivos de Comunicación por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Maestro en Literaturas Comparadas y actualmente está en proceso de titulación del Doctorado en Humanidades por la Universidad de Guadalajara.

Ha publicado en revistas y suplementos culturales en México, España, Colombia y Chile.

Se han editado sus poemarios *Esperando abril*, *En la niebla de los parques*, *Nimbus*, *Navegación de Medusa*, *Segundo laberinto*, *Dogal de Sombras*, *Sur de la noche*, *El agua gime nebulosa*, *Cementerio General* y *Caribe*. Está incluido en diversas antologías en México, Chile y Colombia.

Es autor de las antologías *El árbol de los libres: Poetas de la Generación NN en Chile* y *Rostro del mar. 60 poetas del Caribe Colombiano*.

NAVEGACIÓN DE MEDUSA

Primera edición 2020 (versión electrónica)

El cuidado de la edición estuvo a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General
de Difusión y Vinculación de la Universidad
Autónoma de Aguascalientes.